

fué á cazar; su halcon persigue á los pajarillos, y su dama ha elegido otro esposo.

» Podemos, pues, tener un opíparo banquete. Tú te fijarás en el hueso blanco de su cuello; yo le arrancaré los ojos azules, y despues tomaremos un mechón de sus cabellos rubios para nuestro nido, si se endurece.

» Muchos fingirán sentir su muerte en el mundo; pero nadie tratará de averiguar su paradero, y el viento soplará siempre sobre sus ojos emblanquecidos. »

Muchas veces tambien en otras lenguas los animales aparecen como maestros de moral; así sucede en este canto griego citado por Fauriel:

Una Hebrea segaba y estaba en cinta; de tiempo en tiempo segaba y sentía los dolores.

Apoyóse en la gavilla; dió á luz un niño de oro, y se puso el delantal para ir á ahogarle.

Una perdiz la encontró y le dijo: « ¡Insensata perra, hebrea inicua, inmunda! Yo tengo diez y ocho polluelos y padezco para alimentarlos, ¡y tú tienes un niño de oro, y quieres ahogarle! »

Entre las canciones griegas, otra se parece á la antes citada, mostrando por una parte el deseo de la vida, cual lo mostraba ya Aquiles en la Odisea, y por la otra el pronto olvido que aguarda al que muere:

¡ Dichosos los montes! ¡ Felices las montañas, que no esperan la muerte, que no temen morir! El verano les da rebaños, el invierno nieves.

Tres valientes quieren quebrantar la clausura del abismo: uno dice que saldrá en mayo, otro que en el estío, el tercero en el otoño, cuando se esté cosechando la uva.

Una jóven de cabellos rubios les habló así en el mundo de los muertos: « Llevadme tambien á mí, ¡ oh valientes amigos! al mundo sereno.

— Jóven, hacen ruido tus vestidos, tus cabellos silban, se oye el golpe de tus tacones, y la muerte advertirá nuestra fuga.

— Yo me quitaré los vestidos, cortaré mis cabellos, y dejaré el calzado de tacon en la escalera. Llevadme, ¡ oh valientes amigos! llevadme tambien á mí al mundo de arriba; dejad que vaya, y vea á mi madre, la cual se aflige por mí; dejad que vaya y vea á mis hermanas, las cuales lloran mi ausencia.

— Jóven, tus hermanas danzan en el baile; jóven, tu madre parlotea en la calle. »

§ 11. CANTOS ESCOCESSES.

Las canciones de Escocia son mas breves y vivas, y de color mas cargado, de diálogo mas dramático que las inglesas. Se usaron mucho en el último siglo en contra del gobierno y á

favor de los Estuardos; Gil Christ, James Hogg y Allan Cunningham recogieron muchas.

Para indicar la usurpacion de la casa de Brunswick se decía: « El gato subió al nido del águila, se comió los huevos y maltrató á la madre; pero, ¡ ay del ladron cuando el padre vuelva! »

Y contra el rey Jorge: « ¿ Habéis visto á Giordio Welps con su buena esposa? ¿ Habéis visto á su majestad Giordio á caballo en un ganso? »

Y otras veces: « Jacky (nombre familiar del rey Jacobo) fué á Francia con lady Montgomery; han ido á aprender á bailar: Madama está pronta. Luego vendrán llenos de fuerza, con armas, frescos y hermosos; Dios les asista cuando bailen su danza con Giordio. »

Y al promediar el siglo, como creciesen las esperanzas, cantaban: « El viento sopla de la tierra que amo, y por intervalos eleva las pardas olas. Buscad al hijo en el valle; pero buscad allí tambien al real Carlino (el príncipe Carlos): diez mil espadas saldrán de las vainas, y sus golpes serán profundos y mortales: el poder de los Gordon, el orgullo de los Erskine vivirá y morirá con Carlino. El sol se levanta resplandeciente; el mar ruge á lo léjos; rara es hoy la flor de lis.

» Si yo fuese ave, si tuviese alas con qué volar, atravesaría los mares para ir á ver á las personas que amo. Y diría una alegre nueva á alguno que me es muy querido, y me posaría en la ventana del rey para cantar allí mi melodía. La serpiente está en el nido del cuervo, oculta bajo la nidada, y la bocanada de viento que ha de llevarse esta, arrojará en nuestras costas á nuestro buen rey. Soplad, pues, á Levante; soplad á Poniente; soplad, ¡ oh vientos! sobre la espumosa llanura; conducid al que mas amo, y á uno que no me atrevo á nombrar. »

Despues, cuando la batalla de Culloden destruyó las últimas esperanzas, la elegía expresaba de este modo su sentimiento:

« Había una jóven en Inverness, alegría de toda la ciudad; era viva como la alondra en el tallo de una flor, cuando deja el nido por la primera vez.

» En la iglesia, ganaba el corazón de los ancianos; en el baile, atraía las miradas de los jóvenes: era la mas alegre entre los alegres, en los mercados y en la procesion.

» Cuando yo pasaba por Iverness, el sol de verano iba á ponerse, y allí vi á la doncella, que recorría la ciudad sollozando.

» Los hombres de los cabellos blancos salían todos al camino, y las mujeres de edad avanzada gritaban: ¡ Qué triste espectáculo! La flor de los jóvenes de Inverness yace en la sangrienta llanura de Culloden.

» Ella se arrancaba los brazaletes de oro, y sus hermosos ojos se inundaban de lágrimas: ¡ Ah! mi padre ha perecido en Carlisle, la sangrienta; en Pseston yacen mis tres hermanos.

» Yo creía que mi corazón no podría sufrir

mas, que mis lágrimas estuviesen ya agotadas; pero de repente la muerte de otro me rompió el corazón, de otro que amaba mas que á ninguno.

» El día antes me habia jurado darme tres prendas de boda; ahora descansa en brazos de la sangrienta guerra para no pensar mas en mí.

» Las flores del bosque serán mi lecho; mi alimento las semillas silvestres; las hojas que se caen cubrirán mi helado cuerpo, porque no quiero volverme á despertar. »

Esta otra balada escocesa recuerda las cacerías peligrosas:

Jonas de Breadisle.

Una mañana de mayo, Jonas se levantó y pidió una palangana para lavarse las manos. « Soltad las cadenas de hierro que sujetan á mis fieles lebreles. »

Al oír esta orden, la madre de Jonas se torció las manos abrumadas de disgusto. « ¡ Ah! Si te es cara la bendición de tu madre, Jonas, no entres en el bosque. No te falta ni pan de trigo ni buen vino; así, no vayas á exponerte por la caza miserable. Jonas, te lo suplico, no pases el umbral. »

Pero Jonas preparó su arco, escogió una á una sus flechas, y entró luego en el Durrissdeer para cazar el gamo salvaje.

Al bajar al Merriemass, divisó un gamo echado bajo un matorral. Disparó una flecha, y el gamo se levantó y huyó; le habia herido en un costado, y los perros se apoderaron de él entre la costa y el río.

Jonas descuartizó el gamo, le extrajo los pulmones y el hígado, y sus perros se regalaron como hijos de conde, bebiendo tanta sangre y comiendo tanta carne que al fin se echaron sobre la yerba medio dormidos con Jonas.

Un anciano labriego acertó á pasar por el bosque; ¡ mal haya mil veces! y corrió hácia Hislinton donde estaban los siete guardas.

« ¿ Qué vienes á decirnos, labriego de los cabellos blancos? — Vengo á decirlo lo que acabo de ver con mis propios ojos. Bajaba del Merriemass, cuando vi tendido á la sombra de los matorrales de espino blanco á un hermoso jóven, que dormía rodeado de sus perros. Su camisa es de lienzo fino de Holanda; su vestido del mejor paño; los botones de la manga de luciente oro, y sus perros tenían la cola ensangrentada. »

El jefe habló entonces y dijo: « Sin duda es Jonas de Breadisle; ningun otro se aproximaria tanto. »

El sexto guarda dijo á su vez: « Si es Jonas de Breadisle, morirá á nuestras manos. »

Á la primera descarga de flechas, los guardas hirieron á Jonas en la rodilla. Entonces el séptimo guarda dijo: « Una sola flecha nos le acabará. »

Jonas apoyó la espalda contra una encina, el pié en una piedra, y mató á los siete guardabosques, exceptuando á uno solo. Pero á este le rompió tres costillas y la clavícula, despues le atravesó sobre un caballo, y le dijo que llevase sus noticias á casa.

Un estornino voló hácia la ventana de su madre, y empezó á cantar, siendo el estribillo de su canto: Jonas tarda mucho.

Tomaron una rama de madroño, otra de manzano silvestre, y fueron en mucho número á traer á Jonas. Entonces su anciana madre lloró amargamente.

» ¡ Ah! yo te habia suplicado, hijo mio, que no fueses á cazar. Muchas veces he llevado á Breadisle grandes riquezas; pero nunca he vuelto allá tan melancólica conduciendo un tesoro. »

¡ Mal haya mil veces el anciano labriego! Un día recibirá su merecido en la punta del árbol mas elevado de las orillas del Merriemass.

Hoy el arco de Jonas está roto; sus fieles perros no existen ya; su cuerpo reposa en Durrissdeer, y su caza ha concluido.

En la que sigue se advierte mas la rapidez y el vigor escoces:

Maxwell.

« ¿ Adónde vas, anciano labriego enfermo, y qué objeto te lleva hácia allá? — Valiente soldado, voy á la colina para hacer cambiar de pasto á mi rebaño. »

El anciano labriego enfermo dió dos ó tres pasos con toda la ligereza de un jarrete vigoroso.

« Veo que eres un viejo robusto: ¿ quieres enseñarme el camino? »

Y anduvo con el anciano labriego enfermo á la grupa hasta el extremo del bosque. « Desmontadme ahora, y desmontaos vos tambien, fuerte soldado, pues no es posible ir mas léjos á caballo. »

El soldado tiró de la brida del caballo y se lanzó de un salto al suelo. Su vestido era encarnado, con adornos de bellotas de oro.

Entonces el anciano labriego arrojó su sayo, se quitó el gorro, y resultó ser el jóven Maxwell que sacó á relucir la formidable espada.

« Tú has asesinado á mi padre, infame Soutron; tú has degollado á mis tres hermanos; tú has despedazado el corazón de mi única hermana, á quien amaba como á la niña de mis ojos.

» Saca tu espada teñida aun con la sangre de mi familia. Esa espada ha cortado la mas preciosa flor que el sol ha visto...

» Este golpe mortal es por mi anciano padre; estos dos por mis hermanos; este en el corazón por mi única hermana, por la hermana que amaba como las niñas de mis ojos. »

§ 12. CANTOS ESPAÑOLES.

Junto á la historia verdadera surge en España una historia poética en que los hechos son muchas veces de pura invención, estando más á menudo disfrazados, pero siempre pintados con los colores propios de la época y del país; tanto que el *Romancero*, es decir, la colección de los romances españoles, esparce gran luz, no ménos sobre las costumbres de la Península que sobre las de la restante Europa.

Á la manera que se daba el nombre de *romance* á los idiomas procedentes del romano, los Españoles llamaron romance toda composición vulgar, por oposición á los versos latinos; y despues restringieron aquella denominación á las baladas heróicas ó novelescas. Están compuestos por lo comun en versos de ocho ó nueve sílabas, y en estrofas de cuatro ó seis versos; á veces también de doce ó de diez y seis, y frecuentemente con un estribillo. Se cantaban por el pueblo, y así sus autores son desconocidos, siendo probable que hayan llegado á nosotros muy alterados de su primitiva forma y con interpolaciones; pero no obstante, el que conozca bien la lengua ó las costumbres, puede fijar la edad de cada composición. Los más antiguos pertenecen al siglo XIII, los más recientes al XVI; y el que logre vencer el tedio que causa una lengua envejecida, las frases anticuadas, las frecuentes repeticiones y lo mucho mediano es recompensado ampliamente con verdaderas bellezas, y con encontrar allí el retrato sincero de los hombres, y la expresión pura del corazón.

La España fué la primera que recogió canciones populares, pues ya en el siglo XVI había impreso una colección (1). « En el farrago de los romances españoles (dice Berchet) que se han conservado en las varias colecciones, ó que están esparcidos acá y allá en otras obras, por poco que se fije la atención, no es difícil distinguir los que proceden inmediatamente del pueblo, de los demás que solo se derivan de él más ó ménos inmediatamente. La sencilla, continua, ingenua, y por decirlo así, juvenil belleza de los primeros, hace que el lector, absorto y contento en aquella inocencia, se disguste luego de sus pretensiones retóricas y de los floridos conceptos que suelen echar á perder los segundos. En los primeros es la naturaleza que, enteramente espontánea, sin conocer ningún artificio, se ha transformado en poesía; en los otros es también la naturaleza, pero que ya, bien ó mal, ha aprendido á aspirar de vez en cuando á un efecto, y á buscar los medios de conseguirlo. En los primeros la poe-

(1) La primera edición del *Romancero del Cid* se debe á Fernando del Castillo en 1510; luego viene la de Pedro Flores en 1614; en el siglo siguiente, la de Juan de Escobar, que por la primera vez ordenó los romances de modo que formasen casi una historia seguida. Vicente González del Requejo, al reimprimirlos en 1818, desechó unos veinticuatro por falsos.

sia es toda de instinto; en los otros, al lado del instinto, empieza á despuntar la intención. Tanto en aquellos como en estos es siempre el pueblo quien poetiza; los autores de unos y otros son igualmente oscuros, desconocidos; su falta de instrucción es la misma; pero los últimos, queriendo á tiempos pavonearse con algún harapo que un poeta instruido ha dejado caer en el camino, se esfuerzan en darse aire de doctos; y el tan raro y famoso *Romancero General* (Madrid, 1604 y 1614) no es en gran parte sino una serie de documentos de esta degeneración de la verdadera poesía popular, omitiendo hablar de los muchos romances que son evidentemente obra de poetas literatos, livida ó exagerada falsificación de semblantes que la naturaleza sola sabe crear, y que el arte y las escuelas no pueden imitar bien nunca; como nunca el cortesano imita bien la inocencia del campesino, logrando á lo más representarla en caricatura. Esta incapacidad del arte produjo, por una viciosa lógica, el aristocrático desprecio con que el poeta literato miró todas estas cantinelas del pueblo; cuando al contrario, debió ser para él ocasión de un buen cotejo, la confirmación de los más altos triunfos que había sabido conquistar. Los parentescos humildes no se destruyen con renegar de ellos; y ciertamente el arte no debía maldecir el terreno en que ha podido luego germinar, crecer, perfeccionarse, marchitarse (1).

Nadie imagine, sin embargo, hallar en el romance la historia, ni vaya á confundir esta con la tradición. « Á entrambos da vida una misma verdad oculta; pero son dos cosas diversas; cada una camina por sí, ya en líneas paralelas, ya en líneas divergentes; á cada instante se encuentran y se separan. Las traslaciones de un lugar á otro, y los anacronismos que trata de evitar la historia, no asustan á la tradición, la cual se acomoda á ellos; los secretos del ánimo que aquella ignora, esta los sabe y los traduce en símbolos visibles, en acciones exteriores; aquella toma el hecho material lo mismo que lo encuentra, esta lo rehace á su modo y sin malicia, sin saberlo rehacer; y cuando en una familia de héroes se enamora de un individuo, en él solo resume la gloria de tres ó cuatro generaciones y la hermosea sin escrúpulo con todas las hazañas de su padre, de su abuelo, de su hijo, de su nieto. Insistir más en esta advertencia trivial, me parecería un agravio inferido á mis lectores, y casi me avergüenzo de haberla apenas indicado. Pues si en Italia á ninguno, por ejemplo, se le ha ocurrido nunca dar como historia positiva las muchas tradiciones acerca de Carlomagno y su corte, procedentes de Francia y admitidas en sus poemas épicos, ¿cómo podría temerse que hubiera quien tomara por historia tradiciones del mismo género, que, transmitidas de Francia á España, suministraron

(1) *Romances antiguos españoles*. Bruselas, 1838; prólogo.

argumento á gran parte de los romances?

«Aun en las tradiciones no suyas agrada ver con qué destreza el pueblo castellano ha sabido introducir hechos tomados de las que le pertenecen, cómo en todas ha impreso la señal de su individualismo, y cómo las ha vestido todas con el color nacional, hasta forzándolas á ser para él motivo de orgullo. Así, por ejemplo, se apropia el honor de haber atraído á los Franceses á Roncesvalles (778). Poco le importa que aquella derrota se debiese á poblaciones vascas que cayeron sobre la retaguardia francesa: el Castellano quiere para sí la gloria de los Vascos, y á sus ojos la batalla de Roncesvalles es un desafío regular entre Franceses y Castellanos, entre Carlo Magno y Alfonso el Casto: tampoco importa que este subiese al trono tres años despues. Al Roldan de la tradición francesa el Castellano opone un héroe de su historia, Bernardo del Carpio: es cierto que el valor militar de este no brilló hasta un poco más adelante, en la primera mitad del siglo IX; pero de todos modos, si Roldan sucumbió en Roncesvalles, Bernardo fué su matador, según dicen los Castellanos.

«Mucho ménos fabulosas que las tradiciones tomadas de fuera son seguramente las indígenas de los Españoles; por ejemplo, las aventuras del rey Rodrigo y luego la batalla de Jerez de la Frontera al principio del siglo VIII; la desgracia de los siete infantes de Lara al nacer el siglo XI, los sucesos de la misma época alusivos á Fernán González, que despues fundó el reino de Castilla; las atrocidades de Pedro el Cruel en la segunda mitad del siglo XIV, etc., etc. Sin embargo, también en los pormenores de estas será mejor buscar la expresión de los sentimientos y de la creencia pública que la verdad positiva.

«En todas partes la poesía popular de la edad média, siempre que trata de narrar sucesos, lo hace con pocos rasgos á manera del que solo bosqueja un dibujo; no se deja arrastrar por el acontecimiento, sino que lo domina; se contenta con describir las circunstancias más relevantes, y por lo demás pasa á grandes saltos, sin cuidarse de ellas. No nos guía paso á paso de la mano, sino que nos lanza al objeto; nos lo hace ver, pero no nos da tiempo de contemplarlo; es diligente, y quiere que lo seamos. Esto se ve también con frecuencia en los romances españoles: su principio por lo comun carece de preparación, y el fin es en muchos imprevisto. Á menudo parecen, y son probablemente á veces fragmentos de cantos más largos que se han perdido. Tienen poca variación en el modo de contar, en las imágenes, en el estilo, y en las fórmulas destinadas á excitar la atención de los oyentes. Pero esta escasez se halla compensada por una insuperable felicidad en someterse siempre á cuánto hay de más propio. Y en esto hasta es de notar que las invenciones de un pueblo son de vez en cuando semejantes á las

de otro, no obstante la gran distancia que los separa. En los romances españoles y en los cantos populares del Norte se encuentran maneras idénticas; individuos fortuitos de la identidad de la naturaleza humana, más bien que efectos de una imitación que las más de las veces es solo conjetural.

Tal es el modo como conviene hacer uso de la tradición, de la cual son gran depósito los romances, que á menudo nos recuerdan acontecimientos y nombres despreciados ó olvidados por la historia. Dejando á un lado los alusivos á la historia antigua, por ejemplo, los que refieren las guerras entre el rey Bario y Cneo Pompeyo, trasladáremos aquí algunos de la historia moderna:

Reina en España el Godo Rodrigo; pero nuestros presagios amenazan su dominación:

Don Rodrigo, rey de España,
 Por la su corona honrar,
 Un torneo en Toledo
 Ha mandado pregonar.
 Sesenta mil caballeros
 En él se han ido á juntar.
 Bastecido el gran torneo,
 Queriéndole comenzar,
 Vino gente de Toledo
 Por le haber de suplicar
 Que á la antigua casa de Hércules
 Quisiese un candado echar,
 Como sus antepasados
 Lo solian costumbrar.
 El rey no puso el candado,
 Mas todos los fué á quebrar,
 Pensando que gran tesoro
 Hércules debía dejar.
 Entrando dentro en la casa
 Nada otro fuera hallar
 Sino letras que decian:
 « Rey has sido por tu mal;
 » Que el rey que esta casa abriere
 » Á España tiene quemar. »
 Un cofre de gran riqueza
 Hallaron dentro un pilar,
 Dentro del nuevas banderas
 Con figuras de espantar;
 Alrabes de á caballo
 Sin poderse menear,
 Con espadas á los cuellos,
 Ballestas de bien tirar.
 Don Rodrigo pavoroso
 No curó de más mirar.
 Vino un águila del cielo,
 La casa fuera quemar.
 Luego envia mucha gente
 Para Africa conquistar:
 Veinte y cinco mil caballeros
 Dió al conde Don Julian,
 Y pasándolos el conde
 Corria fortuna en la mar;
 Perdió doscientos navios,
 Cien galeras de remar,
 Y toda la gente suya,
 Sino cuatro mil no más.

Quizá existiesen solo en la imaginación los amores de Don Rodrigo con Florinda, hija del conde Don Julian, apellidada *la Cava* ó sea *la mujer mala*; pero suministraron abundante materia á canciones poéticas, una de las cuales

concluye con estas reflexiones á la par ingenuas y sutiles :

Florinda perdió su flor,
El rey quedó arrepentido,
Y obligada toda España
Por el gusto de Rodrigo.
Si dicen quién de los dos
La mayor culpa ha tenido,
Digan los hombres « la Cava »
Y las mujeres « Rodrigo. »

Llegan los Árabes, y la batalla de Jerez los hace dueños de España :

Las huestes del rey Rodrigo
Desmayaban y huían
Cuando en la octava batalla
Sus enemigos vencían.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salía :
Solo va el desventurado,
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado,
Ya mudar no se podía :
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la vía.
El rey va tan desmayado
Que sentido no tenía :
Muerto va de sed y hambre,
Que de velle era mancilla ;
Y va tan tinto de sangre
Que una brasa parecía.
Las armas lleva abolladas,
Que era de sangre perdida ;
La espada lleva hecha sierra
De los golpes que tenía ;
El almete de abollado
En la cabeza se hundía ;
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufría.
Subióse encima de un cerro
El mas alto que veía :
Desde allí mira su gente
Cómo iba de vencida.
De allí mira sus banderas,
Y estandartes que tenía
Cómo están todos pisados
Que la tierra los cubría.
Mira por los capitanes
Que ninguno parecía ;
Mira el campo tinto en sangre,
La cual á arroyos corría.
El triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenía ;
Llorando de los sus ojos
De esta manera decía :
« Ayer era rey de España,
Hoy no lo soy de una villa ;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseía ;
Ayer tenía criados
Y gente que me servía,
Hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía.
¡ Desdichada fué la hora,
Desdichado fué aquel día.
En que nací y heredé
La tan grande señoría,
Pues lo había de perder
Todo junto y en un día !
¡ Oh muerte ! ¿ por qué no vienes
Y llevas esta alma mía
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues te se agradecería ? »

Otro romance canta así la fuga de Rodrigo :

Quando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan,
Al escaso resplandor
De cualquier luciente estrella
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea ;
Teniendo por mas segura
Del traje humilde la muestra,
Que la acechada corona,
Ni la envidiada riqueza ;
Sin las insignias reales
De la majestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dejan,
Bien diferente de aquel
Que antes entró en la pelea
Rico de joyas, que al godo
Dió la victoriosa diestra ;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte ajena,
Por mil partes abolladas
Y rotas algunas piezas ;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena ;
Imágen de su fortuna
Que en polvo la ve deshecha,
En Orelia su caballo,
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez,
Gelboe (1) llorosa y nueva,
Huyendo va el rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan ;
Hierre el temeroso oído
Confuso estruendo de guerra ;
No sabe dónde mirar,
De todo teme y recela ;
Si al Cielo, teme su furia,
Porque hizo al Cielo ofensa.
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es ajena :
Pues si dentro de sí mesmo
Con sus memorias se encierra,
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja.

Los que no se someten al oprobio de la dominación extranjera, huyen á los montes cántabros, donde crecen y se forman los reinos destinados á unirse mas adelante. En las continuas guerras aparecen héroes y empresas que no necesitan que la imaginación les dé el realce poético de sus colores ; y hay además algunos nombres á los que, como á los tipos de las historias primitivas, se aplican las hazañas de muchos hombres y de muchos siglos. Tal es Bernardo del Carpio, á quien tuvo el conde de Saldaña en una hermana de Alfonso el Casto ; esta boda, no aprobada por el rey, motivó la larga prision del conde :

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama

(1) Los campos ensangrentados por la muerte de Saul y que maldijo David.

El conde Don Sucho Díaz,
Ese señor de Saldaña,
Y entre el llanto y soledad,
De esta suerte se quejaba
De Don Bernardo, su hijo,
Del rey Alfonso y su hermana :
— Los años de mi prision
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Quando entré en este castillo,
Apénas entré con harba,
Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿ Qué descuido es este, hijo ?
¿ Cómo á voces no te llama
La sangre que tienes mía
Á socorrer donde falta ?
Sin duda que te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios los sean,
Sino sus propios entrañas.
Todos los que aquí me tienen
Me cuentan de tus hazañas :
Si para tu padre no,
Dime ¿ para quién las guardas ?
Aquí estoy en estos hierros,
Y pues d'ellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
Ó tú, mal hijo, me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo como viejo lloro,
Y tú como ausente callas.

Quando Bernardo sabe al fin el misterio de su nacimiento, levanta los ojos al cielo, y bañando con un torrente de lágrimas su hermoso rostro, exclama, mordiendo los labios de ira :

No se honren mis amigos
De me llevar á su lado,
Y quede entre fieros Moros
Preso, muerto ó mal llagado,
Y arrástrame mi troton
Hasta me hacer pedazos,
Y cuando esté en mas aprieto
Se me canse el diestro brazo,
Que si por bien no me da
Alfonso á mi padre amado,
Que le tengo de seguir
Como á cruel y tirano.

Otro romance refiere, en efecto, como

Bernardo suplicó al rey,
Pues se lo tenía mantado,
Que le soltase á su padre,
Ca despues que fué avisado
De como yacia en prision,
Era siempre acostumbrado
De en cada lid que venciese
Al rey le haber demandado.
Y el rey se lo prometia
Siempre que andaba lidiando,
Mas despues no se lo daba
Quando en paz y sosegado :
Como otras veces hacia
Aquesta se le ha negado.

Bernardo, con gran pesar,
No quiso ir mas á palacio,
Antes sin servir al rey
Gran tiempo estuvo encerrado,
Que á ningun cabo salia.
Ni cabalgaba á caballo,
Ni mas de cosa del mundo
Mostraba tener cuidado.
Pena le daba el placer,
De lo triste era pagado,
Ya no curaba de fiestas,
Á que él era aficionado ;
Todo pesar y tristeza
Le era á él muy gran descanso.
De aquesto pesaba mucho
Á todos los hijosdalgo,
Que bien quisieran que el rey
Le hubiera á su padre dado,
Pues tantas veces por él
Era de muerte escapado,
Sin perder jamas batalla
Dó con él hubiese entrado.

Por oposicion al rey, Bernardo despliega tambien un heróico patriotismo :

No tiene heredero alguno,
Alfonso, el Casto llamado ;
A Carlo Magno el de Francia
Mensajeros le ha enviado
En secreto, que viniese
Contra moros á ayudarlo,
Y que le daria á Leon,
Que de Alfonso era reinado.
Carlos que oyera el mensaje
Luego se habia aparejado.
Mucha gente trae consigo,
Roldan qu'es muy estimado,
Y otros muchos caballeros
Que los pares han llamado,
Los ricos hombres del reino
De Alfonso se han querellado ;
Pidiéronle que revoque
La palabra que habia dado ;
Si no, echarlo han del reino,
Y pondrán otro en su cabo,
Que mas quieren morir libres
Que mal andantes llamados. —
No quieren ser de Franceses
Sujetos los Castellanos :
El que mas enojo tiene
Era Bernardo del Carpio,
Que era sobrino del rey,
Caballero aventajado.
Revocó Alfonso la manda,
Aunque no fué de su grado,
Á Carlos mucho le pesa ;
Del rey Casto es enojado,
Porque mintió su palabra ;
Mucho lo ha amenazado
Que le quitará á Leon
Y aun á todo su reinado.
Bernardo está muy sañado
De lo que Carlos ha hablado.
Apercíbense los reyes
Con la gente de su estado ;
Halláronse en Roncesvalles,
Do muy recio han batallado :
Mueren allí muchas gentes,
Franceses y Castellanos.
Venció el rey Don Alfonso
Por el esfuerzo sobrado
De Bernardo, su sobrino,
Que era el mas señalado.

Mató Bernardo por sí
A Roldan el esforzado,
Y á otros muchos capitanes
De Francia muy estimados.

Á la misma derrota de Roncesváles se refiere otro romance, fundado en visiones y presentimientos :

El sueño de Doña Alda.

En Paris está Doña Alda,
La esposa de Don Roldan,
Trescientas damas con ella
Para la acompañar :
Todas visten un vestido,
Todas calzan un calzar,
Todas comen á una mesa,
Todas comían de un pan,
Si no era sola Doña Alda,
Que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
Las ciento tejen cendal,
Las ciento instrumentos tañen
Para Doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
Doña Alda adormido se ha :
Ensoñado había un sueño,
Un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
Y con un pavor muy grand
Los gritos daba tan grandes,
Que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
Bien oiréis lo que dirán :
— ¿ Qué es aquesto, mi señora ?
¿ Quién es el que os hizo mal ?
— Un sueño soñé, doncellas,
Que me ha dado gran pesar ;
Que me veía en un monte
En un desierto lugar :
Bajo los montes muy altos
Un azor vide volar,
Tras del viene una aguililla
Que lo afincaba muy mal.
El azor con grande cuita
Metióse so mi brial ;
La aguililla con grande ira
De allí lo iba á sacar ;
Con las uñas lo despluma,
Con el pico lo deshaz. —
Allí habló su camarera,
Bien oiréis lo que dirá :
— Aquese sueño, señora,
Bien os lo entiendo soltar :
El azor es vuestro esposo,
Que viene de allende el mar ;
El águila sedes vos,
Con la cual ha de casar,
Y aquel monte es la iglesia
Donde os han de velar.
— Si así es, mi camarera,
Bien te lo entiendo pagar. —
Otro día de mañana
Cartas de fuera le traen ;
Tintas venían de dentro,
De fuera escritas con sangre,
Que su Roldan era muerto
En la caza de Roncesváles.

Vense así cerrados los Pirineos, y Carlos se arrepiente de haber provocado á los Leoneses.

Bernardo alcanza nuevas victorias sobre los Castellanos :

Pues saliendo á la demanda
Como buenos caballeros,
La respuesta que dió Francia
Vino escrita en nuestros pechos.
Cuando las guerras civiles
Que hubisteis con los Gallegos,
Trujimos nuestras espadas
Manchadas en sangre d'ellos ;
Y cuando con Castellanos
Tuvimos tambien reencuentros,
Segun vinieron las almas
Fué mucho venir los cuerpos.

Continúa pidiendo en recompensa la libertad de su padre, y el rey se la niega siempre :

Andados treinta y seis años
Del rey Don Alfonso el Casto,
En la era de ochocientos
Y cincuenta y tres ha entrado,
El número de esta cuenta,
Y el rey ya mas reposado,
Haciendo en Leon sus córtés,
Habiendo á ellas allegado
Los altos hombres del reino
Y los de mediano estado,
Mientras las córtés se hacen
El rey hacer ha mandado
Generales alegrías,
Con que á la corté ha alegrado,
Corriendo cada día toros
Y bohor dando tablados.
Don Arias y Don Tíbalte,
Dos condes de grande estado,
Eran tristes ademas
Cuando vieran que Bernardo
No entraba en aquellas fiestas,
De lo cual les ha pesado.
Porque no entrando él en ellas
Les era gran menoscabo,
Y eran menguadas las córtés
No habiendo en ellas andado.
Despues de haberse entre sí
Ambos á dos acordado,
Suplicaron á la reina
Que le dijese á Bernardo,
Que por su amor cabalgase
Y que lanzase al tablado.
Holgando la reina d'ello,
Á Bernardo lo ha rogado,
Diciéndole : — Yo os prometo
Desque al rey haya hablado,
Yo le pida á vuestro padre,
Ca non me lo habrá negado. —
Bernardo cabalgó entónces,
Y fué á cumplir su mandado
Llegando delante el rey,
Con tanta furia tirado,
Que forzándose en sus fuerzas
El tablado ha quebrantado.
El rey de que esto fué fecho
Fuese á yantar al palacio.
Don Tíbalte y Arias, Godos,
Á la reina han acordado
Que cumpliese la merced
Que á Bernardo le ha mandado.
La reina fué luego al rey,
La cual así le ha hablado :
— Yo os ruego mucho, señor,
Qué me déis si os tiene en grado
Al conde Don Sancho Díaz,

Que tenéis aprisionado ;
Porque este es el primer don
Que yo á vos he demandado. —
El rey cuando aquesto cyó,
Gran pesar hubo tomado,
Y mostrando grande enojo,
Esta respuesta ha dado :
— Reina, yo no lo haré,
No toméis trabajo en vano,
Ca no quiero quebrantar
La jura que hube jurado. —
La reina quedó muy triste
Cuando el rey no se lo ha dado,
Mas Bernardo en gran manera
Fué d'esto mal enojado,
Acordando de irse al rey
Á suplicarle de cabo
Le diese á su padre el conde,
Y si no desafiálo.

Bernardo desesperado se presenta al rey, le echa en cara sus servicios, le pide á su padre, y viendo que el monarca no accede á sus súplicas, le desafía. Entónces Alfonso le promete de nuevo entregárselo :

— Antes que mañana oiga
Misa en San Juan de Letran,
Veréis vuestro padre libre
De su persona y mi cárcel. —
Cumplióle el rey la palabra,
Mas fué con engaño grande,
Porque sin ojos y muerto
Mandó que se le entregasen.

Don García Íñiguez, rey de Navarra, muere combatiendo contra los Moros en 923, y juntamente con él muere su esposa. Esta se hallaba en cinta, y Don Sancho de Guevara le sacó del seno el feto y le crió como un hijo, educándole segun el modo de vivir de los montañeses, y poniéndole las sandalias usadas por los Vascongados, circunstancia á que debió el sobrenombre de *Abarca*. Cuando estuvo en edad de levantar su bandera, el leal caballero le presentó á los nobles como legítimo sucesor de Don García, y habló así al regio alumno :

Señor rey Don Sancho Abarca,
Agora que sois de edad
Oid lo que me mandaron
Que vos dijese, y notad,
Los que del Cielo reciben
Mercedes de mas caudal,
Á hacer mas de su parte
Mas obligados están.
Los Moros que vuestro padro
Mataron tan sin piedad,
En celada lo cogieron
Pasando por Valdeñar.
Desque fugieron los suyos,
Esos Dios los juzgará,
Á lanzadas le mataron
Pasando por Valdeñar.
Vuestra madre Doña Urraca,
De quien Dios haga piedad,
En el cuerpo vos tenia
Cuando murió por gran mal.
Por las heridas vos dábais
De querer nacer señal :
Mostrábades un bracito,
Vilo yo que iba á pasar

Con algunos mis vasallos
En remedio de aquel mal.
Apeéme del caballo,
Metí mano á mi puñal :
Fincáreme de hinojos,
Y con piadosa crueldad
Ensanchará la ferida
Para haberos de sacar.
Saquévos envuelto en sangre,
Mas libre y sin ningun mal,
Y encomendando el secreto
Tornamos á cabalgar.
Hoy hace justo dos años
Que en este mismo lugar
Los fidalgos y homes buenos
Rey se juntaron á alzar.
Supelo yo donde estaba
Y adonde os tenia á criar,
Y con abarcas calzadas,
De que hoy Abarca os llamáis,
Os puse en medio las córtés,
Y faciéndolas parar,
Descubri las maravillas,
Cuanto pude la verdad.
Desque me creyeron todos
Diéronvos el cetro real,
Y á mi el nombre de Ladron
Por mi furto autorizar.
Por tanto, buen fijo nuestro,
Que otros padres no falláis,
Cuidá por el bien de todos
Y sustentadnos en paz.
Á las viudas socorred,
Las huérfanas amparad,
Non echéis mas pecho al pueblo
De lo que puede llevar.
Cumplido he mi pletesia,
Á la paz de Dios fincad.

La historia no habla de esto, como tampoco de los Abencerrages, tema de tantos romances, ni de los no ménos famosos infantes de Lara. Darémos una idea de las aventuras de estos últimos. — Gonzalo Bústos, próximo pariente de los condes de Castilla, había tenido siete hijos de Sancha, su esposa, hermana de Ruy Velázquez, señor de Burbena. Armados caballeros el mismo día, estos jóvenes se distinguieron por sus atrevidas empresas. Habiéndose casado Ruy Velázquez con Lambra, parienta del conde de Castilla, los señores de Lara asistieron á la boda, y en ella se suscitó una disputa entre el menor de los hijos de Gonzalo Bústos y un caballero, pariente de Lambra; esta los tomó odio por ello, y concibió un vivo deseo de vengarse, que no mitigó el tiempo. Los señores de Lara, ignorando sus pérfidos planes, habían ido poco despues á visitarla á su castillo, y ella, viendo al que mas odiaba de los hermanos, solo en el jardín junto á una fuente, juzgó oportuno el momento, y llamando á un esclavo, le mandó que se tiñese las manos de sangre y se las pasase por la cara al joven Bústos. Este, irritado con semejante insulto, corrió en pos del esclavo, y acudiendo tambien los demas hermanos, mataron al infeliz á los piés de la señora, donde se había acogido. En seguida los siete hermanos salieron del castillo de Lambra, y se retiraron á sus Estados.

Lambra se quejó á su esposo de la conducta